

EL SUICIDIO EN EL TRÁNSITO DE LA MODERNIDAD SÓLIDA A LA MODERNIDAD LÍQUIDA

JAVIER GIL GIMENO
Universidad Pública de Navarra

El búho de Minerva sólo levanta el vuelo cuando cae la noche.

F. HEGEL. *Principios de la filosofía del derecho.*

Resumen: *El contexto de tránsito de la modernidad sólida a la líquida, según denominación baumaniana, nos sirve de excusa inmejorable para analizar en profundidad las causas por las que las cifras de muerte voluntaria han experimentado un aumento en las últimas décadas.*

1. EL JUEGO DE LAS SILLAS

La vida en la vida moderna líquida es una versión siniestra de un juego de sillas que se juega en serio.

Z. BAUMAN. *Vida líquida*

Zygmunt Bauman ha creado un estilo propio y muy sugerente de hacer sociología. Una prosa sencilla y profunda que conquista a lectores duchos y legos en nuestra materia. Su principal característica es la facilidad con la que el autor anglo-polaco irriga sus textos con imágenes y metáforas que nos ayudan a comprender clara y fácilmente la realidad social.

Para introducir este texto utilizaremos una de esas imágenes, que nos servirá para comprender mejor qué es la modernidad líquida: el juego de las sillas. Sin duda, una imagen “feliz” que el autor utiliza en gran parte de sus últimos escritos. Recordemos que este juego consiste en, mientras de fondo suena una música, girar en círculo alrededor de un conjunto de sillas formado por una cantidad de éstas menor en una unidad al número de participantes.

Cuando la música se detiene, los jugadores tienen que estar avispados, ser muy rápidos, y sentarse en una de las sillas. El que no consigue sentarse en ninguna queda eliminado. En el siguiente turno se quitará una silla y así hasta que sólo quede un vencedor.

Lo que debemos retener de la metáfora baumaniana no es el resultado del juego, sino el juego en sí mismo. Lo que el autor de *Modernidad líquida* nos quiere decir es que en el contexto actual estamos obligados a estar en continuo y permanente movimiento. Estamos obligados a danzar alrededor de las sillas rápidamente para no ser los que nos quedemos de pie cuando la música deje de sonar. Pero que nos sentemos no significa que el juego se haya acabado. La música vendrá otra vez desde el fondo de la habitación, y todos se levantarán de nuevo y reiniciarán la danza girando, hasta que una vez más la melodía se detenga.

Al contrario que en el juego, en la realidad nunca llega a quedar una sola silla. Como decíamos anteriormente, lo importante no es quién gana, sino el propio juego, que se repite cíclica y periódicamente. Así, no podemos decir, en un momento determinado del mismo, que nos hemos cansado de jugar o que nos enfadamos porque fulanito hace trampas. En el juego de las sillas de la modernidad líquida no se admiten rabietas, ni chiquilladas. Se exige mayoría de edad, una mayoría de edad que gran parte de las veces resulta terrible. De ahí que Z. Bauman nos diga que el juego es en sí mismo siniestro, sobre todo para los lentos perdedores que pierden su silla.

En la sociedad de consumidores no tienen cabida los consumidores fallidos, incompletos o frustrados¹.

Es más, esos “consumidores fallidos” deben añadir la vergüenza por haber defraudado a la sociedad a las consecuencias de quedarse sin silla. Su falta de habilidad para jugar tiene un coste elevado no sólo para ellos, sino también para el conjunto de la sociedad:

Los consumidores son los principales activos de la sociedad de consumo; los consumidores fallidos son sus más fastidiosos y costosos pasivos².

Con la metáfora del juego de las sillas, Z. Bauman trata de ofrecernos una imagen certera de lo que él denomina “modernidad líquida”. Un contexto al que se tiende pero al que todavía no se ha llegado. Debemos prestar atención a la afirmación anterior ya que se revela central en el presente escrito. Z. Bauman, con su obra *Modernidad líquida*, trata de dejar constancia de la disolución de los sólidos característicos de la primera modernidad:

La disolución de los sólidos, el rasgo permanente de la modernidad, ha adquirido por lo tanto un nuevo significado, y sobre todo ha sido redirigida

¹ BAUMAN, Z., *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 27.

² *Ibid.*, p. 57.

hacia un nuevo blanco: uno de los efectos más importantes de ese cambio de dirección ha sido la disolución de las fuerzas que podrían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política³.

El autor de obras de tan reconocido prestigio como *Modernidad y Holocausto* o *Modernidad y ambivalencia* trata de dejar constancia de que nos encontramos en un proceso de cambio, de licuefacción. Las reflexiones que se van a realizar en el presente texto en torno a la muerte voluntaria están enmarcadas, y de este modo deben ser comprendidas, en este periodo de tránsito.

El objetivo del presente trabajo, como se ha dejado entrever en el párrafo anterior, consiste en aprovechar la oportunidad que se nos brinda para dialogar en torno a la incidencia que tiene el tránsito social en el que nos encontramos según Z. Bauman –un cambio de la modernidad líquida a la sólida– en un acto tan controvertido como el suicidio. Para llevar a buen puerto esta tarea, debemos acudir a la obra de un padre fundador de nuestra disciplina, E. Durkheim, que allá por finales del siglo XIX (en concreto en el año 1897) definió el suicidio como un hecho social, apuntalando las principales consecuencias que de esto se derivan, principalmente la concatenación lógica de que queda así sujeto a las circunstancias propias de la sociedad en que se desarrolla.

En nuestro contemporáneo contexto espacio-temporal la mirada reflexiva de la sociología debe dirigirse hacia el periodo de tránsito del que nos habla Z. Bauman. Un tránsito entre dos modos sensiblemente diferentes de apprehender la realidad –sólida o líquida– e interpretar el papel asignado al actor social en ella, sabiendo que ambos ámbitos de estudio a menudo chocan, provocando tensiones y conflictos en el seno de la sociedad.

Estas fricciones tienen lugar porque estos dos modos comparten espacio en la sociedad: bien como disolución (los valores e instituciones de la modernidad sólida) e intento de adaptación en el volcánico nuevo espacio; bien en proceso de solidificación. El proceso de solidificación de la modernidad líquida es peculiar y puede resultar un tanto paradójico debido a que es una solidificación de la liquidez.

Así, las claves del presente escrito, es decir, las claves de la comprensión del suicidio en este contexto no las debemos buscar ni en las características de la modernidad sólida ni en las de la líquida por separado, sino en la coincidencia de ambas en la arena de lo social, y en el modo y circunstancias en que se produce dicha convivencia. La primera está en periodo de deshielo mientras que la segunda todavía no ha cristalizado. Ahora bien, el estudio por separado de las características de cada una de ellas es el mejor camino –sin desviar en exceso nuestra mirada del momento de tránsito– para llegar a la comprensión de dichas claves. Este es el motivo principal por el que lo vamos a abordar brevemente (debido a cuestiones de espacio) en el presente escrito.

³ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2003, p. 11.

En este periodo de tránsito se produce un doble proceso que, como no podría ser de otro modo, va a tener una incidencia directa sobre nuestro objeto de estudio: la intensificación de los procesos de individualización y la pérdida de peso de las instituciones de la primera modernidad. Este doble proceso genera toda una serie de inseguridades e incertidumbres que se traducen en dificultades de integración de los individuos con el medio en que se desarrolla sus vidas. Como nos dice E. Durkheim, la falta de integración social, ya sea por exceso o por defecto, porta consigo factores favorables al suicidio. Como dicen también J. Estruch y S. Cardús en su obra *Los suicidios*:

El problema sociológico no es el suicidio, sino la integración social; no es la anomia, sino el nomos: la necesidad humana –individual y colectiva– de nominación, de que el mundo sea orden y no laberinto, de que sea cosmos lleno de sentido y no caos absurdo⁴.

Por lo tanto, debemos atender a este doble proceso ya que va a tener una considerable influencia sobre las cifras de suicidios en este contexto de tránsito. Aunque existe una tendencia a asociar directamente aumento de suicidio con intensificación de los procesos de individualización, pero esta afirmación no arrojaría una luz especialmente esclarecedora sobre el presente escrito, desde este atril no negaremos en ningún momento la existencia de dicha relación. Si en el contexto actual a la innegable intensificación de los procesos de individualización no le adjuntásemos la importancia de la quiebra de las instituciones otorgadoras de sentido de la primera modernidad (o modernidad sólida) en términos de sentido, estaríamos haciendo un flaco favor a nuestra disciplina, ya que dejaríamos de lado un factor de primer orden, como vamos a comprobar más adelante.

Ya tenemos pues, encima de la mesa, todos los elementos integrantes de nuestra ecuación: modernidad sólida, modernidad líquida, tránsito, intensificación de los procesos de individualización, pérdida de peso de las instituciones de la primera modernidad, integración y suicidio. Agitemos críticamente la coctelera y veamos cuál es el resultado que se obtiene de esta prometedora combinación.

2. CAMINANDO DESDE LA MODERNIDAD SÓLIDA HACIA LA MODERNIDAD LÍQUIDA

En 2000, après une augmentation presque continue depuis 1975, le nombre de suicides atteint 11.000 décès par an, soit plus de 1 à l'heure⁵.

En España se suicidan alrededor de 3.300 personas al año, algo más de 9 personas al día, dato que se engloba dentro de la cifra de más de un millón

⁴ ESTRUCH, J., CARDÚS, S., *Los suicidios*, Barcelona, Herder, 1982, p. 194.

⁵ En 2000, después de un aumento casi continuo desde 1975, el número de suicidios asciende a 11.000 muertes por año, más de 1 a la hora. BAUDELLOT, Ch., ESTABLET, R., *Suicide: l'envers de notre monde*, París, Seuil, 2006, p. 7.

de personas que se quitan voluntariamente la vida al año en el mundo, lo que significa casi dos muertes por minuto –según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS)–. Por lo tanto, el suicidio se sitúa entre las cinco primeras causas de muerte.

Los datos que acabamos de presentar deben conducirnos hasta indagar los motivos por los que en los últimos veinticinco años el suicidio no ha dejado de aumentar en Occidente. Unos motivos que sólo podemos encontrar, como nos dijo E. Durkheim, acudiendo a la sociedad en la que el fenómeno de estudio se desarrolla, analizando sus procesos, tensiones, debates que se originan y producen, y a los cambios que ésta ha experimentando con respecto a otros momentos de la historia.

Imbuidos por dicho escenario, utilizaremos el diagnóstico baumaniano como hilo conductor del presente escrito, ya que nos ofrece un brillante análisis de la sociedad en que se desarrolla este fenómeno. E. Durkheim nos dice que las crisis portan consigo factores favorables al suicidio, dato que corroboran en la actualidad autores como Ch. Baudelot y R. Establet. Sin duda, toda época de tránsito es una época de inestabilidad, de crisis. Parece que tenemos una primera y parcial explicación al porqué del aumento exponencial del número de suicidios en las últimas décadas. Decimos primera y parcial a causa de dos razones íntimamente relacionadas: su in-concreción espacio-temporal y su lejanía con respecto a nuestro objeto de estudio (lejanía con respecto al doble proceso al que hacíamos referencia unos párrafos más arriba).

Hasta el momento, por lo tanto, lo único que hemos hecho es afirmar que las épocas de tránsito llevan consigo factores favorables a un aumento del número de muertes voluntarias. La inestabilidad propia de estos contextos genera dificultades para la integración y éste es, sin duda, un factor al que es muy sensible el suicidio. Por ello el siguiente paso en nuestra reflexión consiste en abordar las características, tanto de la modernidad líquida como de la sólida, que nos deben conducir a los motivos concretos por los que en este proceso de tránsito –de confluencia, de disolución de unos modos y cristalización de otros–, se produce tal situación.

Comenzaremos por definir qué es eso a lo que Z. Bauman llama modernidad líquida para, más tarde, contraponer sus características con las de su término especular, la modernidad sólida. Este ejercicio debe armarnos con una serie de argumentos que faciliten la llegada a buen puerto del presente escrito.

La sociedad moderna líquida es aquella en la que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinadas⁶.

⁶ BAUMAN, Z., *Vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 9.

La vida en la moderna sociedad líquida se asemeja al acto de aprendizaje que realiza un niño cuando mete su mano en un riachuelo e intenta aprehender el agua. Al ver como el elemento líquido se desliza, se escapa por su extremidad, fluye corriente abajo para tratar de volver a agarrar esos centilitros que, aunque él no lo sepa, ya no son los que tocó. Más tarde, después de varios intentos, tomará conciencia de que no puede sujetar el agua con sus manos, ya que ésta tiende a escaparse por los recovecos de la misma y de que el agua nunca vuelve al mismo río. Nuevamente, Parménides escapando de Heráclito.

Como bien dice Paul Virilio, la modernidad líquida es la sociedad del movimiento continuo, la sociedad del jet, del teléfono móvil, del ordenador portátil. La sociedad de los lugares de paso –o los no-lugares, como diría Marc Augé–. En una sociedad como ésta permanecer estático, parado, mientras la rueda sigue dando vueltas, ser un espectador de un juego que juegan otros, comienza a tener unas consecuencias gravísimas para las personas, que se experimentan a todos los niveles: social, económico, de estatus, identidad, psicológico...

La liviandad, la velocidad, la exigencia continua de movilidad que favorece y premia la modernidad líquida choca en multitud de ocasiones con los valores pesados sobre los que se cimentó la modernidad en su fase sólida. Unos valores que respondían normalmente a criterios antitéticos a los que se acaban de enumerar: lo duradero, lo fijo, lo estable, lo sedentario... Éstos se entendían como estándares de la felicidad, del sentido de la vida. Si comparamos nuestra sociedad con un par de zapatos podríamos decir que, a la hora de atar los cordones, lo que hoy se prioriza es la facilidad para desabrocharlos, por encima del ejercicio de ejecución de un nudo lo suficientemente consistente para que éstos no se desaten (propiedad que sería algo característico de la modernidad sólida). En una sociedad como la líquida, que exige estar siempre dispuesto para la partida, los vínculos, del mismo modo que los nudos de los zapatos, deben tener la virtud de ser flexibles para adaptarse a las exigencias de movilidad continua, con las menores dificultades posibles.

Poco a poco vamos desgranando las características de la fase líquida de la modernidad. En este punto vamos a detenernos en el perfil que debe poseer la persona que quiera tener éxito en este contexto. Para ello acudimos una vez más a la obra de Z. Bauman:

Para ser admitido en la cultura de casino de la líquida era moderna, uno necesita ser omnívoro y nada quisquilloso, abstenerse de definir el gusto propio de modo demasiado estricto y de aferrarse a cualquier gusto durante mucho tiempo, estar dispuesto a probar y a disfrutar todo cuanto hoy se ofrece, y ser cualquier cosa menos consistente y estable en las preferencias propias⁷.

⁷ BAUMAN, Z., *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 152.

Como podemos comprobar, características que se alejan de los valores de la primera modernidad que acabamos de citar. Debemos tener en cuenta esta distancia entre los valores de uno y otro contexto porque nos van a aportar claves realmente trascendentes para comprender la realidad del suicidio en esta etapa de cambio.

Leyendo con detenimiento la reveladora cita de Z. Bauman un aspecto de la misma parece haberse quedado en el tintero: ¿Existe realmente alguna persona de carne y hueso que posea las características que nos ha descrito el sociólogo anglo-polaco unas líneas más arriba? Es decir, ¿no estaremos hablando de una descripción a modo de tipo ideal en la que ninguna persona de nuestra sociedad encaja? Desde aquí solucionamos dicha cuestión con una afirmación: sí que existen personas como las descritas en la cita anterior, y el ejemplo por antonomasia de triunfador y conocido por todos es Bill Gates. Para ilustrar las diferencias entre los valores de la modernidad sólida y los de la líquida contrapondré a esta figura la del magnate Rockefeller.

Bill Gates se separa sin pena de posesiones que ayer lo enorgullecían; hoy, lo que da ganancias es la desenfrenada velocidad de circulación, reciclado, envejecimiento, descarte y reemplazo –no la durabilidad ni la duradera confiabilidad del producto–. En una notable inversión de la tradición de más de un milenio, los encumbrados y poderosos de hoy son quienes rechazan y evitan lo durable y celebran lo efímero, mientras los que ocupan el lugar más bajo –contra todo lo esperable– luchan desesperadamente para lograr que sus frágiles, vulnerables y efímeras posesiones duren más y les rindan servicios duraderos⁸.

Bill Gates es, sin lugar a dudas, el paradigma de hombre triunfador de la modernidad líquida. Tanto es así que no podríamos discernir con claridad si la descripción realizada por Z. Bauman es un traje hecho a la medida de Bill Gates o si, por el contrario, es Bill Gates el patrón a raíz del cual se ha confeccionado el traje de la modernidad líquida. Si por algo se define el afamado creador de Microsoft es por su capacidad para desprenderse, para no aferrarse demasiado a una creación o a un producto concreto como para ser eliminado del juego de las sillas. Gates sabe que la clave del éxito está en el movimiento, en la novedad. Podría decirse que la solidez de Gates, su estable liderazgo del mercado reside, además de en su cuenta corriente (podemos hablar de la solidez de un contexto líquido sin la necesidad de rasgarnos las vestiduras), en su facilidad para desprenderse de sus creaciones, para no aferrarse a ellas más tiempo del que sea absolutamente necesario. En pocas palabras, su solidez deriva de ser un a-sentimental y práctico jugador.

Gates, por ejemplo, parece no padecer la obsesión de aferrarse a las cosas. Sus productos aparecen con fuerza en el mercado y con la misma rapidez desaparecen; Rockefeller, en cambio, quería poseer pozos de petróleo, edifi-

⁸ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, p. 19.

cios, maquinaria o carreteras y poseer todo por mucho tiempo. La falta de un apego duradero parece caracterizar la actitud de Gates hacia el trabajo (...) Tiene, si no la capacidad de dar, sí la capacidad de desprenderse⁹.

Si comparamos al tipo de triunfador de la primera fase de la modernidad con el de la segunda –o líquida–, nos daremos cuenta de que poco o nada tienen que ver el uno con el otro. R. Sennett nos presenta una breve pero reveladora radiografía de ambos, pese a que en ocasiones pueda resultar una caricatura demasiado simplificadora. La obsesión de Rockefeller por la acumulación material se traduce en Gates en una obsesión por la liviandad, por la ausencia de ataduras que coarten la capacidad de desprenderse de un trasto que amenace con adquirir peso.

Incluso si fijamos la atención en la apariencia física de ambos, podremos extraer algunas jugosas conclusiones: Rockefeller es un hombre con vastas posesiones y que además gusta ostentar materialmente de su riqueza. Un hombre con traje impecable, con chistera, anillos y relojes de oro, que acude a los lugares –y organiza fiestas en– donde se reúne lo más selecto del mundo de las finanzas, de la política, etc. Gates, en cambio, ofrece una apariencia absolutamente despreocupada. Viste como una persona de clase media, con pantalones de pana, camisa y jersey de lana. Usa gafas, no cuida en exceso (al menos aparentemente) su imagen física. Ahora bien, más allá de sus explícitas diferencias los dos han sido o son dos de los hombres más poderosos e influyentes del mundo en dos universos espacio-temporales diferentes.

La ostentación –un claro indicador de peso, de solidez, de posesión–, pierde espacio hoy ante cuestiones como la apertura hacia el cambio constante, el movimiento continuo, la velocidad en los contactos sociales. Hoy en día, ser el que más posee consiste en asegurarse una conducta para la que parezca innecesaria ninguna de esas mismas “posesiones”; a fin de cuentas, ser el que nunca se queda sin silla. Y para no quedarte sin silla no vale quedarse inmóvil, aferrado a la primera en la que tomaste asiento. Tienes que danzar, seguir moviéndote al compás de una música que caprichosamente te mantiene alejado del poder de decisión sobre tu propio cansancio.

De forma alternativa, uno podría decir que en lugar de las sólidas jaulas de hierro de la época de Max Weber hay madejas de lana: los golpes las atravesarán de parte a parte y la ruptura que se ha producido momentáneamente se cerrará un instante después¹⁰.

Para agilizar, para favorecer, la fluidez del líquido, el forjado de la estructura social debe ser flexible (palabra muy en boga hoy en el mercado laboral). En el contexto actual, el agua no debe retenerse en pantanos de sólido hor-

⁹ SENNETT, R., *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 64.

¹⁰ BAUMAN, Z., *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI, 2003, pp. 55-56.

migón como le gustaba a Rockefeller. No debe hacerse, simple y llanamente, porque dicha acción te deja fuera de juego. Embalsar es un fenómeno que no favorece la agilidad de los mercados. En el pantano de la modernidad líquida las compuertas deben estar siempre abiertas. Del mismo modo, cuando nos golpeamos violentamente contra la estructura ya no quedamos atrapados en ella, no quedamos mutilados, ni se nos secciona ningún miembro que imposibilite nuestra acción, nuestra maniobrabilidad, sino que, como bien dice Z. Bauman, la atravesamos, pero sin destruirla. El forjado de la estructura en una sociedad moderna que tiende a la liquidez debe tener una capacidad cicatrizadora instantánea.

La exigencia de absoluta disponibilidad para el movimiento y la flexibilidad, nos obliga a estar siempre dispuestos para la partida, hace que nuestra maleta nunca esté, ni pueda estar, vacía y mucho menos recogida. Los armarios están perdiendo su utilidad, ya no son el lugar de residencia oficial de la ropa. El armario sustituido por la maleta es una esclarecedora metáfora de la vida moderna líquida. La imagen del equipaje siempre preparado para la siguiente aventura se ajusta perfectamente a la definición que nos facilitaba el sociólogo anglo-polaco, que si recordamos era: *aquella en la que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinadas*. Los lugares se convierten en lugares de paso, en lugares donde permanecemos cinco minutos mientras unos viajeros (o pasajeros) suben y otros bajan. En ellos está prohibido echar raíces, volverse sedentarios. Del viaje lo único que conocemos es que lo haremos, el destino del mismo es incierto y poco importante, la duración indeterminada.

La importancia del lugar en los entornos premodernos ha sido destruida casi en su totalidad por el desanclaje y el distanciamiento espacio-temporal. El lugar se ha convertido en algo fantasmagórico porque las estructuras por medio de las cuales se constituye ya no están organizadas localmente. Lo local y lo global, en otras palabras, se han entretejido inextricablemente¹¹.

La pérdida de importancia del lugar, del espacio, es otra de las características distintivas de la sociedad en su fase líquida. El lugar está dejando de ser el centro neurálgico desde el que se desarrolla la vida social para ser sustituido por el flujo, por el movimiento, por el viaje. Como dicen U. Beck y E. Beck-Gernsheim: *La transición de la primera a la segunda modernidad es también una transición de la monogamia a la poligamia locativas*¹². Es esta característica la que lleva a M. Maffesoli a afirmar que transitamos hacia el nomadismo:

Tal como, en las buenas y en las malas, el tribalismo moderno subraya la fragmentación de las sociedades homogéneas, de la misma manera ya es hora de tomar en serio el nuevo auge del impulso hacia la vida errante que

¹¹ GIDDENS, A., *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 105-106.

¹² BECK, U., BECK-GERSNHEIM, E., *La individualización*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 74.

en todos los ámbitos, en una especie de materialismo místico, recuerda la transitoriedad de todo¹³.

3. EL DOBLE PROCESO

Como sociólogos estamos obligados a prestar atención a las dos caras adscritas a todo proceso social. La progresiva licuefacción de los valores de la primera modernidad se traduce en una serie de efectos claramente positivos para el actor social, sobre todo en términos de libertad de movimientos: le proporciona una mayor autonomía y unos mayores márgenes de decisión y maniobra... Ahora bien, esta progresiva licuefacción le hace perder otra serie de efectos positivos que se derivaban del contexto anterior y que se traducen en forma de efectos negativos para el habitante de la segunda fase de la modernidad: mayor inestabilidad e inseguridad en nuestros movimientos, una sensación de mayor soledad... Como magníficamente lo presentó E. Fromm:

El capitalismo no solamente liberó al hombre de sus vínculos tradicionales, sino que también contribuyó poderosamente al aumento de la libertad positiva, al crecimiento de un yo activo, crítico y responsable.

Sin embargo, si bien todo esto fue uno de los efectos que el capitalismo ejerció sobre la libertad en desarrollo, también produjo una consecuencia inversa al hacer al individuo más sólo y aislado, y al inspirarle un sentimiento de insignificancia e impotencia¹⁴.

La doble cara es consustancial a todo proceso social, y esto ocurre debido a que el ser humano no es capaz de abarcar totalidades. Somos seres liminares, y en toda elección que realizamos obtenemos ganancias y experimentamos pérdidas. Una vez dicho esto, debemos tener presente una cuestión que es propia del contexto de tránsito en el que nos encontramos. Los habitantes del contexto actual experimentamos de un modo mayor esa cercanía con el límite debido a que el viraje social se realiza hacia la intensificación de los procesos de individualización, es decir, hacia la consecución de un número cada vez mayor de esferas de acción por parte del actor social situado en el centro del imaginario colectivo desde los albores de la modernidad.

En una sociedad que tiende a exigirnos no permanecer más del tiempo estrictamente necesario en un lugar, a no deshacer las maletas y estar dispuestos constantemente para la partida, el gran afectado es el vínculo social duradero. No debemos confundir vínculo social duradero con vínculo a secas. El vínculo social no puede desaparecer porque el ser humano es social por naturaleza y, por lo tanto, necesita de ese vínculo –de la interacción con otros congéneres– para desarrollar satisfactoriamente su vida. Lo que acon-

¹³ MAFFESOLI, M., *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, México, FCE, 2004, p. 17.

¹⁴ FROMM, E., *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 117.

tece en el contexto actual es una transformación en el modo, tanto de establecerse como de comprender y aprehender dicho vínculo. Una transformación realizada, como no podía ser de otro modo, al calor de los tiempos, en el que el gran afectado es el vínculo social duradero.

Que el vínculo social duradero se vea afectado en este contexto no es una cuestión baladí, por dos motivos principalmente: en primer lugar, porque hay cuestiones que, más allá del contexto espacio-temporal en el que desarrollamos nuestras vidas, necesitan de dicha clase de vínculo. Una cosa es que, por los valores sociales predominantes, el vínculo duradero esté viéndose eclipsado por cuestiones como la autonomía personal, y otra que las sociedades no necesiten de dichos vínculos. En segundo lugar, porque en el modelo que estamos comenzando a abandonar (el de la modernidad sólida) dicha clase de vínculo ha sido uno de los pilares sobre los que se construyó el sentido de la vida. Ofrezcamos un ejemplo de las consecuencias a nivel social que se están derivando de la pérdida de importancia de los vínculos duraderos.

Rico teme que las medidas que necesita tomar y la manera como tiene que vivir para sobrevivir en la moderna economía hayan lanzado a la deriva su vida interior y emocional¹⁵.

El aspecto fugaz de la amistad y de la comunidad local constituyen el fondo de la más aguda de las preocupaciones íntimas de Rico: su familia. "Llegamos a casa a las siete, preparamos la cena, tratamos de que nos quede una hora para ayudar a los niños con los deberes, y luego nos dedicamos a nuestro papeleo"¹⁶.

A través del ejemplo de Rico, uno de los entrevistados por R. Sennett en su obra *La corrosión del carácter*, podemos tomar fácilmente conciencia de lo difícil que resulta conjugar, en un contexto espacio-temporal como el actual, cuestiones como la formación de una familia, la estabilidad de la pareja... con las exigencias, por ejemplo, del mercado de trabajo. "Tener la certeza de volver a vernos", como dice Z. Bauman en *Comunidad*, se está convirtiendo poco a poco en un artículo de lujo en la sociedad actual. Y es que para volver a vernos necesitamos, por un lado, que nuestras biografías coincidan al menos dos veces en el espacio y el tiempo, algo complicado en una sociedad que premia el movimiento continuo. Por otro, se necesita disponer de la suficiente memoria a largo plazo como para recordar tanto a esa persona concreta, como el momento que anteriormente se compartió y, en este contexto, la memoria a largo plazo es una capacidad que se cultiva poco. Los habitantes de esta sociedad se asemejan al protagonista de la película *Memento*, que sufre una amnesia crónica a largo plazo y debe apuntar lo que le acontece a cada paso que da para poder hilar la trama de su vida, ya que nada más realizar una acción la olvida.

¹⁵ SENNETT, R., op. cit., p. 18.

¹⁶ Ibid., p. 19.

Una vez analizadas las características principales de esta época de tránsito, centrémonos en el modo en que afectan a la muerte voluntaria. Decíamos en la introducción que la incidencia del contexto actual sobre el incremento de las tasas de suicidio se puede explicar si atendemos a un doble proceso: la intensificación de la individualización y la pérdida de peso de las instituciones y valores predominantes en la primera fase de la modernidad. La conjunción y convivencia de estos dos procesos en un mismo espacio y tiempo es central para comprender el aumento de las tasas de suicidio en los últimos veinticinco años.

Una amplia mayoría de los analistas de la sociedad actual coinciden al considerar que la intensificación de los procesos de individualización es el rasgo característico y definitorio de la época que vivimos. Esta afirmación no nos debe llevar a vincular directamente procesos de individualización con modernidad líquida. Si así lo hiciéramos estaríamos cometiendo un grave error. Los procesos de individualización se remontan a los comienzos de la modernidad, al momento en que el actor social accede al centro del imaginario colectivo sustituyendo a la deidad, convirtiéndose de este modo en la medida desde la que comprender la existencia humana en sociedad. Los procesos de individualización son puramente modernos. Entonces, ¿qué es lo característico de la época actual? Podríamos decir que lo característico de nuestra época es la intensificación de dichos procesos. Una intensificación que ha hecho que, por primera vez en la historia, el actor social experimente y tome conciencia directa de lo que significa ser el centro del imaginario colectivo. Dicho esto, debemos detenernos a explicar brevemente qué entendemos por procesos de individualización.

La individualización consiste en transformar la identidad humana de algo dado en una tarea, y en hacer responsables a los actores de la realización de esta tarea y de las consecuencias (así como de los efectos colaterales) de su desempeño¹⁷.

Que en el momento actual se haya producido una intensificación de los mencionados procesos de individualización significa que esa "tarea" asignada al actor social adquiere una importancia mucho mayor de lo que hasta el momento había tenido. Si hemos comentado que los procesos de individualización se remontan al comienzo de la modernidad, ¿cómo explicar entonces su pobre influencia e importancia sobre la sociedad hasta el momento actual? Dirigiendo nuestra mirada hacia la modernidad sólida y atendiendo al segundo elemento integrante de la ecuación que hemos denominado de "doble efecto" encontraremos respuestas a esta pregunta.

Y es que la primera fase de la modernidad (la que Z. Bauman denomina modernidad sólida) se cimentó sobre una serie de instituciones que ofrecían seguridad y estabilidad a los individuos, contribuyendo a soportar la carga del peso de sus biografías. Es decir, ayudándoles a no cumplir con la "tarea"

¹⁷ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, p. 37.

asignada y derivada de haber ocupado el trono vacío por el óbito simbólico de la divinidad. Como dice E. Fromm, el actor social liberado de las cadenas de la tradición experimenta una sensación de miedo, lo que él llama "miedo a la libertad", que hace que, cuando llegó el momento de tomar las riendas de su biografía, delegase sus funciones y responsabilidades en unas instituciones que le ofrecían cobijo ante la tempestad en que se había convertido la búsqueda del sentido de la vida.

Estas instituciones sólidas de la primera modernidad surten al actor social de una serie de redes sociales, de vínculos fuertes y duraderos que, por un lado, le liberan de la toma de decisiones y, por otro, espantan los fantasmas, los miedos e incertidumbres derivados de tener que crecer, de desprenderse del síndrome de Peter Pan y tener que adquirir la mayoría de edad. La concepción de la primera modernidad de la familia, el Estado o la Nación, son ejemplos paradigmáticos de este tipo de instituciones.

Pero a partir de un momento determinado, estas instituciones comienzan a perder peso y capacidad de influencia sobre la sociedad. A su vez se produce la ya mencionada intensificación de los procesos de individualización. Progresivamente el actor social comienza a apartar las telas de araña que habían tejido estas instituciones durante siglos para reivindicar una serie de esferas de acción que le deben proporcionar una mayor capacidad de movimientos, una mayor autonomía.

En este escenario, el yo comienza a imponerse al nosotros, hecho que va a condicionar notoria y necesariamente el modo de actuar y relacionarse de las personas entre sí. El nosotros comienza a verse ensombrecido por una figura que a cada paso se agiganta como un cuerpo que se acerca progresivamente al foco de la luz: el yo. De esta forma el yo se convierte paulatinamente en el lugar sólido (quizás el único) desde el que dirigir el rumbo de nuestra existencia. Como dice Z. Bauman:

Es nuestro yo el que creemos que está fuera del torbellino como el único punto estable en medio de un mundo volátil en el que todas las partes aparentemente sólidas no dejan de aparecer y desaparecer, cambiando de forma y color cada vez que las miramos¹⁸.

En esta misma línea caminan las palabras del matrimonio Beck que recogemos a continuación:

La biografía del ser humano se desliga de los modelos y de las seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales y, de manera abierta y como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo¹⁹.

¹⁸ Ibid., p. 170.

¹⁹ BECK, U., BECK-GERNSHEIM U., *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 19.

Para el objeto del presente escrito no es indispensable saber qué fue antes, si el huevo o la gallina, que traducido a nuestros términos significa si fue la intensificación de los procesos de individualización la que precipitó la crisis de las instituciones de la primera modernidad o si fue dicha crisis la que favoreció dicha intensificación. Lo que importa es que se ha producido y que, de acuerdo con el planteamiento baumaniano, estamos inmersos en dicho periodo de tránsito.

Antes de continuar con el hilo principal de nuestra argumentación debemos realizar una puntualización que debe servir para comprender mejor la época en que vivimos. Debemos diferenciar entre procesos de individualización (o su intensificación actual) y el modo en que éstos se materializan. Como nos decía Z. Bauman, la individualización consiste “en convertir la identidad humana de algo dado en una tarea”. El actor social debe convertirse en responsable de los actos que lleva a cabo y de las consecuencias derivadas de dichos actos. Ahora bien, esta tarea puede llevarse a cabo de muchos modos. La forma en que se produce la intensificación de los procesos de individualización y que dan como resultado las características de la modernidad líquida es un modo de realizar dicha tarea.

4. SUICIDIO Y TRÁNSITO DE LA SOLIDEZ A LA LIQUIDEZ. EL HABITANTE “BISAGRA”

A los habitantes de la sociedad actual podríamos denominarlos “bisagra”, ya que les ha sido adjudicado el muchas veces dudoso honor de servir de punto de unión, de eslabón, de gozne, entre la modernidad sólida y la modernidad líquida. La imagen de la bisagra debe facilitarnos la comprensión de las situaciones que se producen en la época que vivimos. Entre ellas, claro está, el auge de muertes voluntarias.

En el contexto actual se producen toda una serie de situaciones difícilmente sobrellevables que generan incertidumbre e inseguridad en los actores y colectivos sociales, provocando su desestabilización. Incertidumbre, inseguridad y desestabilización, nos dirían estudiosos del suicidio como E. Durkheim, M. Halbwachs o Ch. Baudelot y R. Establet, son factores que normalmente inciden de forma negativa en el nivel de integración de las personas en el seno de las sociedades. Y los desajustes de integración suelen traducirse en aumento de las cifras de suicidio.

El habitante bisagra de la sociedad actual, que hemos definido de tránsito entre la modernidad sólida y la líquida, experimenta en primera persona las consecuencias del “doble efecto” que estudiábamos en el apartado anterior. Por un lado, los rigores de la crisis de las instituciones fuente de sentido de la primera modernidad y, por otro, la incertidumbre generada por la aparición de un nuevo contexto: el líquido en periodo de cristalización. Es ésta, sin duda, una doble y dura exigencia. Para comprender esta situación, volvemos al ejemplo de Rico, ya que es realmente revelador: educado en un modelo de modernidad sólida, desarrolla su vida de adulto en un contexto de moderni-

dad líquida. Lo afirmado para Rico se puede extrapolar a toda una generación que comparte dicha afirmación. Habiéndose socializado y crecido en un contexto que premiaba los vínculos duraderos y estables (familiares, laborales), lo pesado... desarrollan su vida adulta entre un contexto en el que lo que se premia es todo lo contrario.

Para hacernos una idea de la virulencia de este choque que se experimenta en la actual época de tránsito acudamos a lo que es, sin duda, uno de los aspectos principales de la vida de las personas: el trabajo. Una vez más, la historia de Rico nos va a resultar reveladora. Enrico, su padre, trabajó como portero en una comunidad de vecinos durante treinta años. Rico, en más o menos la mitad de tiempo, se ha mudado cuatro veces de localidad y trabajó en cuatro empresas diferentes hasta que fundó la suya propia. Estas profundas diferencias en lo que a exigencias socio-laborales se refiere (teniendo en cuenta que el trabajo es uno de los aspectos principales de la vida de las personas en la actualidad), hacen que hasta el más insignificante detalle del día a día de las personas se vea modificado por dichas exigencias. Por ejemplo, actualmente, la mayor parte de las personas dejan preparada la comida del día siguiente la noche anterior, algo que hace tres o cuatro décadas podría ser impensable. O se ha disparado el consumo de alimentos envasados y reducido el comercio de producto fresco.

La vida de Enrico se desarrollaba alrededor de la solidez de unas relaciones estables: un trabajo estable, unas amistades estables, un matrimonio estable. Esto se resume en pocas relaciones (contactos) pero con un conocimiento profundo de las mismas. Los continuos cambios de trabajo de Rico multiplican su número de relaciones con respecto a las de su padre pero dan como resultado un conocimiento resultante más superfluo. Este simple hecho tiene una serie de consecuencias enormes en todos los niveles de la sociedad. Una serie de consecuencias que van desde detalles mínimos del día a día hasta cuestiones centrales como el sentido de la vida de las personas. Dice el propio R. Sennett:

Hoy, un joven americano con al menos dos años de universidad puede esperar cambiar de trabajo al menos once veces en el curso de su vida laboral, y cambiar su base de cualificaciones al menos tres veces durante los cuarenta años de trabajo²⁰.

A la información anterior le vamos a añadir otro dato de central interés. Éste es que en los últimos quince-veinte años se ha producido una masiva incorporación de la mujer al mundo laboral. Una masiva incorporación justa en términos de igualdad de derechos de hombres y mujeres, pero que ha generado una serie de consecuencias muy significativas en términos sociales.

Que las personas cambien de puesto laboral más de una decena de veces a lo largo de su vida (lo que significará también 'x' cambios de residencia) y la

²⁰ SENNETT, R., op. cit., p. 20.

incursión de las mujeres en el terreno laboral genera una serie de preguntas: ¿cómo conciliar vida laboral y familiar? ¿En caso de duda, quién cede? ¿En qué momento tenemos a los hijos? ¿Quiero que mis hijos cambien 'x' veces de lugar de residencia, es decir, de ambiente, de amigos...? Estas mismas preguntas se las realiza R. Sennett:

Este conflicto entre familia y trabajo plantea algunas cuestiones sobre la experiencia de la vida adulta en sí. ¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿Cómo sostener relaciones sociales duraderas? ¿Cómo puede un ser humano desarrollar un relato de su identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos?²¹

Debemos remarcar una vez más que la clave que nos va a ayudar a comprender el porqué del aumento de las cifras de muerte voluntaria en el contexto actual no radica en que los valores de la modernidad sólida sean mejores o más deseables que los de la líquida. Esta cuestión valorativa no tiene lugar desde un punto de vista meramente sociológico. Estamos hablando de contextos diferentes, sujetos a circunstancias y valores diferentes. Lo único que podemos afirmar de la comparativa de ambos es que generan una clase de conocimiento diferente (ni mejor, ni peor).

La clave para comprender los interrogantes del presente escrito radica en el violento choque que para los habitantes 'bisagra' de la sociedad actual supone haberse socializado dentro de los valores de una sociedad determinada y posteriormente desarrollar su vida adulta en un contexto diferente e incluso, en ocasiones, antitético. Un choque más fuerte, intenso y breve –ésta es otra de sus características definitorias– que el producido en otros momentos de tránsito de la historia. Sin duda, ésta es la clave para comprender el aumento de las tasas de suicidio en el periodo de tránsito que estamos analizando. Recordamos nuevamente que el aumento de dichas tasas no se explica solamente por la intensificación de los procesos de individualización o por la entrada en crisis de las instituciones sólidas de la primera modernidad por separado, sino por la conjunción de ambas. Pero esto será algo que los habitantes de la sociedad líquida, que por lo tanto nacerán después de la época de tránsito a la que nos estamos refiriendo, no van a experimentar. Experimentarán otros, pero no éste. De ahí la pertinencia de diferenciar los rasgos de ambas épocas. Como afirma la destacada socióloga D. Hervieu-Léger:

Que la generación de fin de siglo es la primera generación post-tradicional, la primera que se encuentra atrapada en una situación de incertidumbre estructural caracterizada por la movilidad, la reversibilidad y la intercambiabilidad de todas las referencias²².

²¹ Ibid., p. 25.

²² HERVIEU-LÉGER, D., *La religión, hilo de memoria*, Barcelona, Herder, 2005, p. 269.

Si como afirma la autora de *La religión, hilo de memoria*, la primera generación líquida es la de comienzos del siglo XXI, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que hasta que esta generación complete su ciclo vital no podremos emitir juicios concluyentes sobre la influencia que ejercerá sobre nuestro objeto de estudio este nuevo modo de comprender la existencia en sociedad.

La generación líquida no se realizará preguntas como las pertenecientes a una etapa de tránsito, que hemos señalado unos párrafos más arriba. Estas preguntas son propias e intransferibles de éste ámbito en concreto, que nos transporta de la modernidad sólida a la líquida. Por lo tanto, la tensión, el choque que sufre la generación “bisagra” es fruto de la dificultad de adaptación que experimenta dicha generación por el hecho de haber sido educada en unos valores y modos distintos a los que se verá obligada a desarrollar en su vida adulta.

Fruto de estas circunstancias biográficas, la generación de tránsito actual experimenta tensiones que muchas veces desembocan en dificultades para encontrar sentido a la existencia, para sentirse religado a la sociedad. Circunstancias derivadas de la redistribución que se produce en la jerarquía de valores en este nuevo contexto.

Si caen enfermos es porque no fueron suficientemente resueltos o industriales para seguir un régimen apropiado. Si no consiguen empleo es porque no supieron estar a la altura el día de la entrevista o no pelearon lo suficiente para encontrar un puesto de trabajo o, pura y simplemente, porque son unos haraganes. Si no están seguros de sus perspectivas profesionales y temen por su futuro es porque no son suficientemente buenos para rodearse de amigos y personas influyentes y porque no han aprendido el arte de la expresión personal ni saben impresionar a los demás²³.

Dijimos al comienzo del presente escrito que las claves para comprender el aumento de los índices de muertes voluntarias en las últimas décadas debíamos buscarlas en lo que Z. Bauman denomina el periodo de tránsito de la modernidad sólida a la modernidad líquida. Estas claves son principalmente dos: el propio tránsito y la orientación de dicho tránsito. Una orientación que ha favorecido la aparición de factores favorables al suicidio. Decíamos anteriormente que con la llegada de la modernidad, la tarea asignada al actor social de hacerse responsable de su biografía –la individualización– no iba acompañada de ninguna especificación sobre el modo en que debía ser realizada. Pero, como ya hemos dicho, la individualización es un fenómeno de la modernidad en general, y no sólo tardo-moderno o líquido (por continuar con la terminología baumaniana). La individualización, como bien dice A. Melucci, hace consciente al individuo de que la elección se convierte en el destino ineludible de nuestro tiempo, es decir, nos hace conscientes de que estamos obligados a construir nuestras biografías.

²³ BAUMAN, Z., en BECK, U., BECK-GERNSHEIM, E., *La individualización*, pp. 22-23.

Fruto de esta obligación de elegir llegamos al momento actual, en el que se produce una intensificación de este proceso. La sociedad reclama ahora que se habiliten espacios para el desarrollo de esta autonomía. Ahora bien, debemos ser conscientes de que toda elección lleva consigo una renuncia debido a que lo social está sujeto al límite. De tal modo que este crecimiento de la autonomía individual genera un cambio radical en el entendimiento de lo que significa el concepto "sociedad". Como dice Bauman, la modernidad líquida se define por el periodo en que las instituciones todavía no han fijado las formas de relación imperantes en ese momento. Esta situación hace que la población perciba que es la sociedad misma, y no una determinada manera de concebirla, la que se tambalea. Pero lo cierto es que la autonomización de la sociedad trae consigo nuevas libertades y asigna al individuo una mayor capacidad para el movimiento, al mismo tiempo que resuelve deficientemente determinados aspectos de la vida de los actores sociales.

La cuestión del sentido, de la significación y de las vías gracias a las que se construye el sentido de la acción individual y colectiva se convierte, pues, en una cuestión de capital importancia²⁴.

En la actualidad, el actor social se encuentra solo en la vorágine de la búsqueda del sentido en cada uno de los diferentes ámbitos en que desarrolla su vida. Repetimos que esta demanda de un mayor número de esferas con gran autonomía por parte de los actores sociales tiene, además de toda una serie de efectos positivos en términos de libertad, otra serie de efectos no tan gratos. Las consecuencias negativas de la materialización de los procesos de individualización en términos de mayor autonomía derivan de que no vivimos solos en el mundo. Como dice G. Simmel:

De este modo, las relaciones con el otro finalmente son sólo estaciones del camino por el que el Yo llega a sí mismo²⁵.

El sentimiento de soledad, común en el contexto actual, es un factor importante para que los actores no se sientan religados con la sociedad, para que los individuos encuentren dificultades para otorgar sentido a su existencia. Como bien sabemos gracias a E. Durkheim, el aumento de las tasas de suicidio está directamente relacionado con los problemas de integración social.

En cambio, los pasajeros del avión del capitalismo liviano descubren con horror que la cabina del piloto está vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada piloto automático ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará, de la persona que

²⁴ MELUCCI, A., *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Madrid, Trotta, 2001, p. 68.

²⁵ SIMMEL, G., *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1986, p. 276.

elegirá el aeropuerto y de si existen reglas que los pasajeros puedan cumplir para contribuir a la seguridad del aterrizaje²⁶.

En resumen, el aumento actual de las tasas de suicidio responde a las dificultades de adaptación que experimentan las personas nacidas y educadas en un contexto de modernidad sólida y que desarrollan su vida adulta en un mundo que tiende a la liquidez. Buscan respuestas en fórmulas pasadas para los problemas actuales, por lo que la solución parece imposible y la única salida posible parece abandonar el juego aunque la música todavía no haya dejado de sonar.

Es aquí donde entra en juego la labor del sociólogo. En primer lugar, éste debe detectar los puntos de tensión en la sociedad, analizarlos y tratar de aportar su mirada especializada para encontrar un camino en el que la teoría social responda a las inevitables fricciones y tensiones que se generan en la vida diaria. Una visión que dotaría al habitante bisagra actual de una perspectiva más adecuada y satisfactoria para participar en el gran juego las sillas en que le toca vivir.

Es ésta la certeza que ha guiado el presente escrito:

Podríamos decir que la sociología no es el fin de nuestra búsqueda de comprensión sino un incentivo para seguir buscando y un obstáculo para ese estado de autosatisfacción en el que la curiosidad cesa y la búsqueda se detiene²⁷.

²⁶ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, p. 65.

²⁷ BAUMAN, Z., *Pensando sociológicamente*, Buenos Aires, Nueva visión, 1994, p. 216.